

# CONFERENCIA DICTADA

## EL MIÉRCOLES 19 DE JUNIO DE 1968<sup>1</sup>

Jacques Lacan

### RESUMEN

El presente texto corresponde a la traducción de una Conferencia, inédita en español, dictada por Jacques Lacan al final de su Seminario oral *El acto psicoanalítico* (1967-1968), misma que no figura en ninguna de las versiones críticas en castellano conocidas por los traductores, pero sí en la estenografía francesa, alojada en el sitio de la *École Lacannienne de Psychanalyse*, en la cual se basaron. La conferencia gira en torno a varios tópicos, pero particularmente problematiza el lugar del *Otro*, del *saber*, la *verdad* y la demanda, tanto en la clínica como en la enseñanza.

**Palabras clave:** burbuja, verdad, Otro, sujeto supuesto saber, sujeto supuesta demanda.

Yo no soy un falsificador. No quiero advertir que diré algunas palabras dirigidas a concluir el año presente, como manifiesta el papel de la *École*, para hacerles lo que se llama un *Seminario*. Dirigiré algunas palabras, más bien, del orden de la ceremonia.

Yo hice, este año, en alguna parte, si bien recuerdo, alusión al signo de apertura del año entrante en las civilizaciones tradicionales. Esto, por el año escolar que se termina.

Puede quedar un pesar que, después de haber abierto un concepto como éste —el del *acto psicoanalítico*—, el azar haya querido que ustedes no hayan podido aprender sobre este tema {sujet} más que la mitad de lo que tuve la intención de decir sobre esto. La mitad... en verdad un poco menos porque, el procedimiento de entrada para cualquier cosa tan nueva, jamás articulada como dimensión —el *acto psicoanalítico*—, ha requerido, en efecto, un tiempo de apertura. Las cosas, para decirlo todo, no conservan la misma rapidez; es más bien alguna cosa que atañe {ressort}<sup>2</sup> a eso que pasa cuando un cuerpo resbala {choit}<sup>3</sup>, [cuando] es sometido a la misma fuerza. En el curso de su caída, su movimiento, como se dice, se acelera, de tal suerte que ustedes no hubieran tenido, para nada, la mitad de lo que habría por decir sobre el *acto psicoanalítico*. Digamos que ustedes hubieran tenido un poco menos que un cuarto.

Es bien penoso desde ciertos lados porque, a decir verdad, no es mi costumbre terminar más tarde y, de alguna manera, de chiripa {raccroc}<sup>4</sup>, lo que se encuentra de una manera cualquiera, no importando cuál sea la causa interna o externa, habiendo sido interrumpido. A decir verdad, mi disgusto no es sin ser acompañado, por otro lado, de alguna satisfacción porque, entonces, en ese caso, el discurso no ha sido interrumpido por no importa qué y, de haberlo sido, por alguna cosa que pone en juego, ciertamente, a un nivel muy básico {bébé}, pero que pone en juego, de todas formas, alguna dimensión que no es del todo sin relación con el *acto*, y bien —mi Dios—, no es tan insatisfactorio.

<sup>1</sup> Traducción y notas de Javier Jiménez León y María Eugenia Nieto. Mantenemos entre llaves {\*} aquellas palabras en francés que pudieran suponer otra(s) manera(s) de escuchar-leer un enunciado; entre corchetes [\*], pues, encontrarán complementos o palabras introducidas por los traductores con el fin de beneficiar el acto de lectura. Una versión anterior de esta traducción apareció en el sitio web del Foro del Campo Lacaniano de México, disponible en: [bit.ly/3kvv7ii](http://bit.ly/3kvv7ii).

<sup>2</sup> *Ressort* también puede traducirse como algo que se desprende.

<sup>3</sup> Se puede pensar en el presente como un juego de palabras en tanto que *choit* es homófono de *choix*, elección.

<sup>4</sup> Es decir, de manera apresurada.

Evidentemente, hay una pequeña discordancia en todo esto. *El acto psicoanalítico*, esta disertación que yo proyectaba, estaba forjada para los psicoanalistas, como se dice, madurados por la experiencia. Ella estaba destinada, ante todo, a permitirles –y, al mismo tiempo, a permitirle a los otros– una más justa estima del peso que ellos tienen que levantar cuando alguna cosa, precisamente, marca una dimensión de paradoja, de antinomia interna, de profunda contradicción que no es sin permitir concebir la dificultad que representa para ellos sostener esa carga. Hay que decirlo bien, no son esos que conocen esta carga en su práctica quienes han tenido, por lo que yo decía, el más vivo interés. En un cierto nivel, debo decir que ellos se han distinguido, verdaderamente, por una ausencia que no era, por cierto, azarosa. Incluso, porque estamos aquí, les voy a contar, incidentalmente, una pequeña anécdota a la cual ya hice alusión, pero que voy a aclarar del todo.

Una de esas personas a quien yo enviaba galantemente una nota de amor {poulet}<sup>5</sup> para preguntarle si esta ausencia era un *acto*, me respondió: “¿Cómo piensa eso!? ¡Nada más lejos! Ni un *acto*, ni un *acto fallido*. Resulta que este año tomé una cita a las once y media para un largo trabajo –se trataba de rehacerse la dentadura– con el practicante adecuado, a las 11:30 todos los miércoles”. No era un *acto*, como ustedes ven. ¡Era una mera reunión!

Esto atempera para mí el disgusto de que alguna cosa pueda quedar, de alguna manera, en suspenso, en lo que tengo para transmitir a la comunidad psicoanalítica y, muy especialmente, a aquella que se denomina con el título de mi *Escuela*.

Por el contrario, una cierta dimensión del *acto* que tiene, ella también, su ambigüedad, que no está forzosamente hecha de actos fallidos, a pesar, por supuesto, de que ella da dificultades a aquellos que preferirían pensar las cosas en los términos tradicionales de la política... De todas formas, se ha encontrado algo –lo dije recién– a lo que los neófitos {bebés} han otorgado, de un día para el otro, el título de *acto*, y que podría bien, así, dar en los años que van a venir, dificultades a cierta gente.

En todo caso, la cuestión –y es por esto que hoy he querido dirigirles algunas palabras– es justamente la de saber si tengo razón de encontrar allí como una especie de pequeña balanza o compensación, de sentirme, de alguna manera, un poquito más aligerado de mi propia carga. Porque, a final de cuentas, si es a propósito del psicoanálisis o, más exactamente, sobre el soporte que él me ofrecía, y porque ese soporte era el único que no era posible, sin embargo, asir [a] un cierto nudo –o, si ustedes quieren, [a] una *burbuja*–, algo singular, no reparado hasta entonces, a lo que no es fácil dar una etiqueta actual dado que hay un cierto número de términos tradicionales que se van un poquito a la deriva: el hombre, el conocimiento –la *conesencia* {connesence}, como ustedes quieran–, no es del todo de eso de lo que se trata ese cierto nudo donde, allá, en crayón rojo, pude, también, sobre esta especie de *nudo-burbuja* que ustedes conocen bien –es el famoso ocho interior que yo planeé {fomenté} ya desde hace unos ocho años–, [plantear] estos términos, a saber: *verdad*, *sujeto*, y la relación con el *Otro*.

*Voilà*, no hay palabra para designar a los cuatro juntos; estos cuatro términos, por lo tanto, han devenido esenciales por alguna cosa que está por venir, un a-venir que puede interesarnos, a nos-otros {nous autres} que estamos aquí, en un anfiteatro, no simplemente para hacer de la declamación ni de la reclamación, pero [sí] con una preocupación de saber justamente [sobre] esta enseñanza que ha manifestado yo no sé qué de insatisfactorio. Nosotros podemos, quizás, tener cuidado de lo que, enseguida de esta gran desgarradura, de este lado patente –que hay alguna cosa de este lado que no va más...– que lo que constituía un término que no es del todo azar de la Universidad, eso se autoriza del Universo: es justamente aquí de eso de lo que se trata.

¿Qué asegura el Universo? El Universo ha hecho muchas promesas, pero no está seguro de que las sostiene. Se trata de saber si algo de lo que se anunció –que fue una especie de abertura sobre la hiancia del Universo– se apoyará el tiempo suficiente para que veamos el desenlace. Esta cuestión pasa por lo que hemos visto manifestarse durante estos últimos meses, en un lugar así, bizarramente permanente en la historia.

<sup>5</sup> *Poulet* significa, literalmente, pollo. No obstante, la expresión refiere a un modismo cuya explicación, en síntesis, es la siguiente. En el siglo XVI, *poulet* se utilizaba como sinónimo de *misiva*; lo anterior, pues aquellos encargados de llevar las notas de amor, solían esconderlas debajo del ala de un pollo, haciéndose pasar por vendedores de dichos animales. Existe también una versión según la cual estas misivas eran dobladas en forma de V, emulando las alas de dicha ave.

Hemos visto cobrar vida una función de lugar. Es curioso, es esencial. Quizás no hubiéramos visto la cosa cristalizar tan vívidamente si no hubiera habido un lugar al que regresaran siempre para hacerse golpear. No es necesario imaginar que lo que se abre, [que] lo que se ha abierto como pregunta en este lugar es, de nuestro tejido nacional, el privilegio.

Estuve —una historia para tomar aire— dos días en Roma, en donde cosas similares no son concebibles, simplemente porque en Roma no hay Barrio Latino. ¡No es una coincidencia! Es gracioso pero, en fin, es así. Quizás ellos son todos [latinos]. Tuve, pese a esto, cosas que me agradaron mucho. Es más fácil detectarlos allí, a aquellos que saben lo que están haciendo. Un pequeño grupo. No vi muchos, pero vi uno que [me] sería suficiente. Se llaman los *Pájaros*, *Uccelli*.<sup>6</sup>

Como les dije a algunos de mis conocidos: “Estoy en [la] Italia —para mi sorpresa, debe decirse, [y] es el término que usamos... ¡me avergüenza!— *popular*”. Eso significa que saben mi nombre. Ellos no saben, por supuesto, ¡nada de lo que yo he escrito! Sin embargo, [y] eso es lo curioso, saben que los *Escritos* existen. Debemos creer que no los necesitan, puesto que los *Uccelli* —los *Pájaros* en cuestión—, por ejemplo, son capaces de acciones como la que, evidentemente, tiene con la enseñanza lacaniana la relación que los Carteles de Bellas Artes [tienen] con lo que se trata políticamente —verdaderamente—, pero eso quiere decir que tienen una relación muy directa.

Cuando el Decano de la Facultad de Roma, acompañado por un eminente representante de la inteligencia vaticana, hizo a todos reunirse —porque también allí, donde les hablamos, hay Asambleas Generales... Estamos a favor del diálogo, del lado, por supuesto, que está bien... Entonces, los *Uccelli* vienen con una de estas grandes máquinas como las que hay cuando uno va a los restaurantes en la campiña [y,] en el centro de una mesa redonda —es un enorme paraguas—, se ponen todos debajo, al abrigo, dicen, ¡del lenguaje!

Espero que comprendan que eso me da una esperanza. Aún no han leído los *Escritos*, ¡pero los leerán! ¡Realmente los necesitan porque se encontraron con eso? Después de todo, no es el teórico el que encuentra la vía, él la explica. Evidentemente, la explicación es útil para encontrar la continuación del camino. Pero, como ustedes ven, confío en ellos.

Si he escrito algunas pequeñas cosas que habrían podido servir a los psicoanalistas, eso servirá a otros, cuyo lugar, cuya determinación se especifica perfectamente precisada por un cierto campo, un campo que está cernido por ese pequeño nudo (*ver esquema*) que está hecho de una cierta manera para cortar, en una cierta *burbuja* extraordinariamente purificada por los antecedentes de lo que ha llevado a esta aventura, y lo que me he esforzado en encontrar delante de ustedes, considerándolo como el momento del engendramiento de la ciencia.



<sup>6</sup> *Uccelli*, en italiano, significa *pájaros*. Lacan refiere a un grupo de estudiantes de la Facultad de arquitectura de la Universidad romana de *La Sapienza*, particularmente recordados por haber ocupado la cúpula de la iglesia de *Sant'Ivo alla Sapienza* durante los movimientos estudiantiles de 1968. Es interesante que San Ivo sea el santo patrono de los juristas y que dicha iglesia haya sido construida por un arquitecto de nombre Francesco Borromini, cuyo estilo supone el uso de semicírculos y bordes recortados que definen la forma de la cúpula, mismos que emulan al famoso *nudo borromeo* trabajado por Lacan en estos años.

<sup>7</sup> El esquema corresponde con el original presente en la estenografía.

Entonces, este año, a propósito del *acto psicoanalítico*, estaba en el momento en que iba a mostrarles lo que significa tener... tomar lugar en el registro del *sujeto supuesto saber*. Y este, justamente cuando se es psicoanalista, no es el único, pero es el que está particularmente bien situado para conocer la división radical, en otros términos, esta posición inaugural en el *acto psicoanalítico* que consiste en jugar sobre algo que vuestro *acto* va a desmentir. Es por eso que me había reservado durante años –puesto a resguardo, dejado de lado– el término *Verleugnung* (*desmentida*)<sup>8</sup> que, seguramente, Freud hizo surgir a propósito de un momento tan ejemplar como lo fue la *Spaltung* (*escisión*) del *sujeto*. Quería reservarlo, hacerlo vivir ahí donde, seguramente, sería llevado a su punto más alto de patetismo, al nivel del analista mismo. A causa de esto, tuve que soportar, durante años, el acoso de esos seres que siguen el rastro de lo que yo apporto para tratar de ver dónde podríamos improvisar {bricoler} una pequeña pieza donde yo [les] obstaculizaría. Entonces, cuando hablé de *Verwerfung* (*forclusión*),<sup>9</sup> que es un término extremadamente preciso y que sitúa perfectamente aquello de lo que se trata en la psicosis, recordamos que sería mucho más sensato servirnos de *Verleugnung* (*desmentida*). Finalmente, encontramos todas estas huellas en conferencias pobres y artículos mediocres.

El término *Verleugnung* podría haber tomado –si yo hubiera podido, este año, hablarles como se pretendía– su auténtico lugar y todo su peso. Fue el siguiente paso a tomar –hubo otros que ni siquiera puedo indicar. Sin duda, una de las cosas con las que quedé más impresionado en el curso de una experiencia de enseñanza sobre la cual podrán hoy permitirme echar un vistazo hacia atrás –y esto, precisamente, en este punto de inflexión– es la violencia de las cosas que puedo permitirme decir. Dos veces en *Sainte-Anne*, por ejemplo, dije que el psicoanálisis era algo que, al menos, tenía *eso* {ça} para él: que en su campo –¡qué privilegio!–, las disputas no pueden virar sino en estupidez {bêtise}. Así lo repetí durante dos años seguidos, ¡y sabía de lo que estaba hablando!

Vivimos en un área de civilización donde, como decimos, la palabra es libre, es decir, que nada de lo que digan puede tener ninguna consecuencia. Pueden decir algo sobre alguien que bien puede ser el origen de no sé qué tipo de muerte indescifrable –incluso hacen piezas de teatro a ese respecto. Toda América –Nueva York, nada más [y nada menos]– tiene prisa.<sup>10</sup> Nunca antes en la historia, una cosa parecida habría sido concebible sin cerrar el cuadro. En el país de la libertad, uno puede decir de todo ya que no conduce a nada.

Es bastante curioso que, a partir, simplemente, del momento en que unas pequeñas lozas {pavés} comienzan a volar –por lo menos, un momento–, todos tengan la sensación de que toda la sociedad podría estar interesada de la manera más directa en su confort cotidiano y en su porvenir. Incluso hemos visto a psicoanalistas interrogarse sobre el porvenir de [su] oficio. En mi opinión, se equivocaron al cuestionarse públicamente. Habrían hecho mejor en quedárselo para ellos porque, a final de cuentas, a la gente que los vio interrogarse a ese respecto –justamente cuando se los cuestionaba sobre otra cosa–, les dio un poco de risa. En fin, ¡no podemos decir que la aprobación {cote} del psicoanálisis haya aumentado!

Culpo al general [de estos psicoanalistas]. Tomaron una palabra que he tenido desde hace largo tiempo –y no era para el uso que, por supuesto, ellos, la perrera psicoanalítica {la chienlit psychanalytique}, le dan. No saben hace cuántos años quiero dar ese título a mi Seminario. ¡Está jodido ahora! ¿Qué les digo...? No me arrepiento, pues estoy muy fatigado. Es lo suficientemente visible de esa manera, no tengo necesidad de agregar un comentario. En fin, sería una cosa que, de todos modos, me gustaría. No a todos les gustaría, pero a mí me encantaría: la enseñanza del psicoanálisis en la Facultad de Medicina. Ustedes lo saben, [ahí] hay de esos tipos muy inquietos. No sé qué mosca les pique que se apresuran a estar allí, en ese lugar. Hablo de personas de la *Escuela Freudiana de París*.

<sup>8</sup> Traducida por Ludovico Rosenthal como *renegación*. Sobre la elección de *desmentida* para traducir este concepto, *cfr.* José Luis Etcheverry, “La desmentida”, en *Sobre la versión castellana*, Obras Completas de Sigmund Freud, Amorrortu, Buenos Aires, 1992, p. 73.

<sup>9</sup> Traducida por José Luis Etcheverry como *desestimación*. *Cfr.* José Luis Etcheverry, “Desestimación, juicio y realidad”, en *ibid.*, pp. 68-72. En este caso, decidimos recurrir al término mayormente utilizado en psicoanálisis lacaniano, no obstante ambos –*desestimación* y *forclusión*– impliquen, a nivel jurídico, significados considerablemente distanciados.

<sup>10</sup> En la estenografía figura la palabra *presse*. Sin embargo, en el contexto del presente enunciado, Lacan parece referirse a la prisa (*pressé*) de los norteamericanos por hacer alarde de este tipo de casos, en particular, de sus asesinatos.

Sé bien que, en la Facultad de Medicina, conocemos la historia de las doctrinas médicas, lo que significa que hemos visto suceder cosas de dicho orden –desde nuestro punto de vista, en la retrospectiva de la historia–, del orden de la mistificación. Pero eso no significa que el psicoanálisis, tal como se enseña ahí donde es enseñado oficialmente... –[donde] se les habla de la libido como algo que pasa en los vasos comunicantes, como lo expresó, al comienzo de la época en que comencé a intentar cambiar eso un poco, un personaje absolutamente increíble: una *hidráulica libidinal*.<sup>11</sup> Enseñar el psicoanálisis, tal y como lo enseñamos –digamos la palabra, en el Instituto–, sería formidable, sobre todo en la época en la que vivimos donde, incluso los “enseñandos” {enseigné}, como dicen, comienzan a tener algún requisito {exigence}. Me parece maravilloso.

Veamos lo que podemos hacer –desde un cierto costado– como enseñanza del psicoanálisis después de haber hecho este breve tránsito y de haberles mostrado las esperanzas de un mejor tiempo que el resto de estas cosas reservará para algunos. Me dirán, por supuesto, que el personaje en cuestión, por ejemplo, ¿siempre podría comenzar a enseñarle a Lacan! Evidentemente, ¡eso sería mejor! Pero aún debería ser posible, porque hay un cierto artículo publicado en los *Cahiers pour l'analyse* sobre el *objeto a*,<sup>12</sup> a propósito del cual –lamento decirlo, [pues] ofenderá a algunos de mis colegas más cercanos y queridos–, como por azar, se me escapó una larga y pequeña carcajada entre estos malditos normalistas.<sup>13</sup> Yo mismo me vi forzado, en una pequeña nota discreta –en alguna parte, justo antes de que aparecieran mis *Escritos*–, a indicar que, sea cual sea la necesidad de trabajar en el marketing psicoanalítico, no es suficiente con hablar del *objeto a* para que sea eso. En todo caso, me gustaría tomar las cosas de un poco más alto y, como he preparado algunas palabras –no éstas–, debo decir que me dejé llevar un poco, considerando el calor, la familiaridad que emite este ambiente, a saber, estas figuras de las cuales no hay ninguna que no reconozca haber visto a principios de este año...

Ya que hablé de estos cuatro términos,<sup>14</sup> recordamos, además... –historia para aquellos que son un poco cortos de vista y que no se dan cuenta de la importancia completamente crítica de una cierta coyuntura– recordemos las articulaciones principales. A saber, en primer lugar, el *saber* porque, a final de cuentas –sigue siendo bastante curioso, del lado del *saber*, hasta ahora de los clásicos–, somos sabios, y parte de la posición sabia es, evidentemente, mantenerse callados. Si es a nivel –y, como se dice correctamente, en un nivel privilegiado– de la transmisión de *saber* en el que están sucediendo tantas cosas, quizás valga la pena que nos beneficiemos de un poco de retrospectiva en nuestra mira. Aquí hay una función...

Naturalmente, pido perdón a las personas que están aquí –hay pocos que vienen aquí por primera vez– y que vienen sólo para ver un poco de lo que podría decir si me interrogo sobre los acontecimientos. No voy a poder hacer la teoría del *Otro* y eso es lo que ya hace que sea muy difícil un tal mantenimiento, una entrevista.<sup>15</sup> Debería explicar lo que es, el *Otro*. Comenzamos con él porque esa es la clave. Entonces, para las personas que ignoran lo que es el *Otro*, puedo decir, por un lado, que lo definí estrictamente como un lugar:<sup>16</sup> *el lugar en donde la palabra viene a tener lugar*. Eso no se realiza inmediatamente –[el] *lugar en donde la palabra viene a tener lugar*– pero, en fin, es una función topológica absolutamente indispensable para identificar la estructura lógica radical a la que nos enfrentamos en lo que llamé antes este nudo –o esta *burbuja*–, este vacío en el mun-

<sup>11</sup> La expresión *hidráulica de la libido* pertenece a Viktor Frankl, no obstante la idea se encuentre implícita en algunas de las aproximaciones de Sigmund Freud al formular la idea de un aparato psíquico. Cfr. Viktor Frankl, *La idea psicológica del hombre*, RIALP, Madrid, 1963, p. 98. Originalmente publicado como *Das Menschenbild der Seelenheilkunde. Drei Vorlesungen zur Kritik des dynamischen Psychologismus*, Hippokrates-Verlag, Stuttgart, 1959.

<sup>12</sup> Cfr. André Green, “L’objet (a) de J. Lacan, sa logique, et la théorie freudienne (Convergences et interrogations)”, en *Cahiers pour l'analyse*, No 3, Seuil, Paris, 1966, pp. 15-37. Existe traducción al español: André Green, “El objeto (a) de J. Lacan y la teoría freudiana”, en André Green; Jean Nassif & Jean Reboul, *Objeto, castración y fantasía en el psicoanálisis*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1972, pp. 11-42. Escrito desarrollado a partir de una conferencia dictada en el Seminario de Lacan el 22 de diciembre de 1965. Cfr. Jacques Lacan, *El objeto del psicoanálisis*, El Seminario (1965-1966), Libro 13, Escuela Freudiana de la Argentina, Buenos Aires, s/f.

<sup>13</sup> Se refiere a los estudiantes de la Escuela Normal Superior.

<sup>14</sup> En contexto, y de acuerdo con el esquema del *ocho interior* presentado en páginas anteriores, Lacan se refiere al *saber*, al *sujeto*, a la *verdad* y al *Otro*.

<sup>15</sup> Lacan parece jugar con el significado en francés de *entretien* (*mantenimiento, entrevista*) y de *interview* (*entrevista*).

<sup>16</sup> El lector primerizo encontrará un primer antecedente de esta definición en Jacques Lacan, *El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*, El Seminario (1954-1955), Libro 2, Paidós, Buenos Aires, 1983.

do a propósito del cual es evocada esta vieja noción de *sujeto*, vieja noción del *sujeto* que ya no es reductible a la imagen del espejo ni a nada del orden de un reflejo {reflet} omnipresente. No obstante, efectivamente, esta *burbuja* es vagabunda, todavía, gracias a que este mundo no es, propiamente hablando, un mundo. Este *Otro* ha estado allí por un tiempo, por supuesto. No lo habíamos, realmente, despejado, porque era un buen lugar en el cual habíamos instalado algo que sigue ahí, todavía, para la mayoría de ustedes, llamado Dios: *Il vecchio con la barba*.<sup>17</sup> Él siempre está ahí.

Los psicoanalistas, realmente, no han agregado mucho a la cuestión del *saber* –punto esencial– si Él existe o no. En tanto que este “o” se mantenga, Él siempre estará ahí. Sin embargo, gracias a la *burbuja*, podemos actuar como si no estuviera allí. Podemos ocuparnos de su lugar. En su lugar, justamente, nunca estuvo en duda que lo que se hallaba en juego es el *saber*. Todo *saber* nos viene del *Otro*. No hablo de Dios, hablo del *Otro*. Siempre hay un *Otro* donde está {est}<sup>18</sup> la tradición, la acumulación, el reservorio. Sin duda, sospechábamos que podían pasar cosas. Llamábamos a eso “el descubrimiento” –incluso de estas variaciones del esclarecimiento– de estas formas de impartir la enseñanza que cambió, de alguna manera, el acento y el sentido, eso que, justamente, hicieron durante un cierto período de tiempo en que la enseñanza todavía era, ella, celebrada.

¿Alguna vez se dieron cuenta de que lo que hace que una enseñanza se arraigue es, tal vez que, de alguna manera, para redistribuirla, es inscrito en su diseño –en su trazo, en su estructura– algo que no se dice de inmediato, pero que es eso lo que es escuchado? ¿Por qué, después de todo, por un cierto tiempo, esta cuerda no se vería un poco gastada para aquellos que están en los bancos?<sup>19</sup> Quiero decir que, lo que no se dice para ser escuchado, debería ser, incluso, algo que valga la pena, y no una simple hipocresía –por ejemplo, que pueda ser para algo que, de hecho, está al nivel de las Facultades de Letras o, incluso, de las Escuelas de Arquitectura–:<sup>20</sup> eso que está listo para flambear {mis à flamber}.<sup>21</sup>

En esta relación del *sujeto* con el *Otro*, el psicoanálisis aporta una dimensión radicalmente nueva. Es más [del orden] de lo que llamé hace un momento así, “un descubrimiento” –descubrimiento que guarda, todavía, algo de anecdótico–, es una profunda reorganización de toda la relación.

Hay una palabra que hice entrar aquí, hace algunos años, en esta dialéctica: es la *verdad*. Y luego, a decir verdad, antes de articularla, precisamente, como lo hice aquí un cierto día –y como lleva la marca perfectamente logicizada el artículo llamado, en mis *Escritos*, *La verdad y la ciencia*–,<sup>22</sup> yo había dado a esta palabra otra función en un artículo llamado *La cosa freudiana...*, donde podemos leer estos términos al principio de la frase: “Yo, la verdad, hablo”.<sup>23</sup> ¿Quién es este *yo* que habla? Este fragmento –en verdad una prosopopeya, uno de esos juegos entusiastas–, resulta que me permití articularlo para el centenario de Freud, ¡y en Viena! Era un grito más bien del orden de lo que un Münch ha colocado tan bien en un grabado célebre:<sup>24</sup> esta boca que se tuerce [y] de la que nosotros vemos surgir el anonadamiento sublime de todo un paisaje.

Hace mucho tiempo, en Viena, dije –especialmente ahí, donde no se había escuchado hacía mucho tiempo– la palabra *verdad*. Es una palabra muy peligrosa –puesta en desuso, así como uno hace cuando la castros–, a saber, en los tratados de lógica. Sabemos, desde hace largo tiempo, que no sabemos lo que quiere decir. ¿*Qué es la verdad?* Es precisamente la pregunta que no hay que plantear.

Hice alusión en Lyon –cuando hablé el último octubre– a un cierto fragmento de Claudel, muy brillante, que les recomiendo. No tuve el tiempo de mirar para ustedes, antes de venir aquí –no sabía que iba a

<sup>17</sup> *El viejo con la barba*. En italiano en el original.

<sup>18</sup> *Est* también puede traducirse como *es*. Parafraseando este enunciado, podría decirse que el *Otro está* en donde las tradiciones *son*.

<sup>19</sup> Se refiere a los estudiantes.

<sup>20</sup> Evidentemente, aquí alude, nuevamente, a los *Uccelli*.

<sup>21</sup> En cocina, el flambeado consiste en colocar una determinada cantidad de ron o de cognac para producir una llamarada que haga más crujiente el alimento y, a su vez, sirva como espectáculo para los comensales de tal o cual establecimiento.

<sup>22</sup> Lacan se refiere a su artículo “La ciencia y la verdad” (1965), lección inaugural del Seminario sobre *El objeto del psicoanálisis*, dictado entre los años 1965 y 1966, no obstante, publicado en los *Cahiers pour l'analyse* en enero de este último año. Cfr. Jacques Lacan, “La ciencia y la verdad” (1965), en *Escritos 2*, Siglo XXI, México, 1984.

<sup>23</sup> Cfr. Jacques Lacan, “La cosa freudiana o sentido de retorno a Freud en psicoanálisis” (1956), en *Escritos 1*, Siglo XXI, México, 1984, p. 391.

<sup>24</sup> Se refiere a *El grito*, de Edward Münch, obra datada en 1893.

hablar de esto—, las páginas, pero ustedes lo encontrarán buscando bien en el Índice de las prosas de Claudel, buscando, naturalmente, a Poncio Pilato.<sup>25</sup> Este texto describe todas las desgracias que caen sobre este benevolente administrador colonial por haber pronunciado mal —a propósito de esta pregunta—: *¿Qué es la verdad?* entre la gente que, por el momento en el que se sitúan, por supuesto, en esta zona fútil de aquellas cebras a las cuales es peligroso enunciar la verdad psicoanalítica, que dan una aplicación terrible a estas palabras recogidas al pasar una de mis páginas: “Yo, la verdad, hablo”.<sup>26</sup> Ellos van a decir la *verdad* en lugares donde no hay ninguna necesidad, pero en los que ella se usa.

Es muy posible que algo que había sido tan exitosamente sellado bajo el nombre de *lucha de clases*, de repente, devenga en algo absolutamente peligroso. Por supuesto, podemos confiar en las funciones saludables que han existido siempre para el mantenimiento de lo que estamos hablando, a saber, dejar las cosas en el ámbito de la repartición del poder. Hay que decirlo bien, la gente que sabe un poco del manejo de la *verdad* no es tan imprudente. Ellos tienen la *verdad*, pero enseñan [que] *todo poder viene de Dios*. Todo. Esto no permite decir que sea solamente el poder que les conviene. Incluso el poder que está en contra de Dios, para la Iglesia, viene de Dios. Dostoievski percibió muy bien esto. Como él creía en la *verdad* —Dios le daba un miedo terrible—, es por eso que escribió *El gran inquisidor*.<sup>27</sup> Era la conjunción, en resumen, prevista, del avance de Roma y de Moscú. Pienso que, incluso, algunos de entre ustedes, han leído eso —pero es casi un hecho, mis queridos amigos—, y ustedes ven bien que no es tan terrible.

Cuando uno está en el orden del poder, ¡todo se arregla! Es por eso que es útil que la *verdad* esté en alguna parte, en una caja fuerte. El privilegio de la revelación, eso, es la caja fuerte. Pero si ustedes toman en serio la prosopopeya —“Yo, la verdad, hablo”—,<sup>28</sup> tiene, en principio, lamentablemente para el que tome esta vía, grandes inconvenientes. Veamos, sin embargo, lo que nosotros, analistas, podemos, quizás, haber aportado, en cuanto a esto, de nuevo. Evidentemente, nuestro campo es muy limitado, está al nivel de la *burbuja*.

La *burbuja*, ¿cómo se define? Ella tiene un alcance muy limitado. Si, después de tantos años, después de haber mostrado lo que es propiamente la estructura, es ahora de lógica de lo que yo les hablo, no es una casualidad: es porque, sin embargo, está claro que ese *saber* que nos interesa a nosotros los analistas no es propiamente sino lo que se dice. Si digo que *el inconsciente está estructurado como un lenguaje*, es porque este inconsciente que nos interesa es lo que puede decirse, y que, diciéndose, engendra al *sujeto*. Es porque el *sujeto* es una determinación de ese *saber* que él es lo que corre bajo ese *saber*, pero que no corre libremente, sino que se encuentra con obstáculos {butées}. Es en esto, y en nada más, que nosotros tenemos que ver con un *saber*. Quien dice lo contrario, es llevado sobre las vías de lo que yo he llamado, en su momento, las de la mistificación.

Es porque el inconsciente es la consecuencia de lo que ha podido ser identificado —lo que ha demostrado que esa relación con el discurso tiene consecuencias mucho más complejas que las que hemos visto hasta aquí— que, específicamente, el *sujeto*, [al] ser segundo en relación al *saber*, resulta no decir todo lo que sabe —algo de lo que no dudábamos, incluso si, después de mucho tiempo, sospechábamos que él no sabe todo lo que dice. Tal es el punto que ha permitido la constitución de la *burbuja*, [que] reside, muy precisamente, en aquello que, en este sentido, nosotros damos cuenta del cómo se produce la dimensión de la *verdad*.

La *verdad* —esto es lo que nos enseña el psicoanálisis— yace en el punto donde el *sujeto* se niega a *saber*; todo lo que es rechazado de lo *simbólico* reaparece en lo *real*. Tal es la clave de lo que llamamos el *síntoma*. El *síntoma* es ese nudo *real* donde reside la *verdad* del *sujeto*. Al principio —muy pronto— de estos minuciosos episodios, les he dicho: *ellos son la verdad. Ellos son la verdad...* Eso no quiere decir que ellos la digan. La *verdad* no es algo que se sepa así, sin trabajo. Es por esto, incluso, que ella toma ese cuerpo que se llama el *síntoma*, que muestra dónde está el alojamiento de eso que se llama *verdad*. Entonces, ese *saber* rechazado que ustedes vienen de buscar en el intercambio psicoanalítico, ¿es el *saber* del psicoanalista? ¡Ilusión! El psicoanalista sabe,

<sup>25</sup> Cfr. Paul Claudel, “Le point de vue de Ponce Pilate”, en *Figures et paraboles*, Gallimard, París, 1965, p. 919.

<sup>26</sup> Jacques Lacan, “La cosa freudiana o sentido de retorno a Freud en psicoanálisis” (1956), *op. cit.*, p. 391.

<sup>27</sup> Cfr. Fiódor Dostoievski, “El gran inquisidor”, en *Los hermanos Karamázov*, Colihue, Buenos Aires, 2006.

<sup>28</sup> Jacques Lacan, “La cosa freudiana o sentido de retorno a Freud en psicoanálisis” (1956), *op. cit.*, p. 391.

quizás, algo. Él sabe [de] eso que, en todo caso, concierne a la naturaleza de la *verdad* pero, para el resto –a saber, del *saber* rechazado–, él, allí, no sabe mucho. Es por esto que la enseñanza del psicoanálisis, tomada en el nivel de lo que sería sustancial, aparecería como lo que es: una payasada.

La libido, de la que les he hablado hace un momento, por ejemplo –si eso quiere decir lo que llamo el *deseo*–, es, verdaderamente, bastante más picante que se haya descubierto, seguida en el rastro del neurótico, es decir, aquel en quien el *deseo* no se sostiene sino de ficción. Decir *Ellos son la verdad*, ciertamente no es para entregárselos ni a ustedes ni a ellos pero, quizás, tenga su peso el que uno sepa [de] este mecanismo de intercambio –extraño intercambio– que es aquel que hace que lo que es dicho por el *sujeto*, lo que sea –lo sepa o no–, no devenga *saber* sino al ser reconocido por el *Otro*. Y eso es –precisamente, por otro lado– lo que quiere decir la noción, totalmente primitiva –tallada con hacha–, que llamamos la *censura*.

Es el *Otro*, durante largo tiempo –durante el tiempo de autoridad–, el que ha definido siempre lo que puede ser dicho y lo que no. Empero, sería en vano ligar esto a configuraciones en las que la experiencia demuestra bien que, ya que ellas pueden ser caducas, ya lo eran cuando funcionaban. Es de una manera estructural que no está sino a nivel del *Otro* que lo que determina al *sujeto* se articula en *saber*; que la *enunciación* –cuyo *sujeto* no es necesariamente el que habla...–, que la *enunciación* del *Otro* es para designar a quien la dijo. El *Otro* fue el que estuvo siempre primero cuando el analista interpreta y que dice al *sujeto*: *Su yo (ese yo que es usted), digo, es esto.*<sup>29</sup> Y ocurre que *eso* {ça}<sup>30</sup> tiene consecuencias. Esto es lo que se llama la *interpretación*.

Durante un tiempo, ese *Otro*, que era filósofo, ha forjado, él, al *sujeto supuesto saber*. Era ya un engaño, es suficiente con abrir a Platón para darse cuenta. Él hacía decir al pobre *sujeto* todo lo que él quería que dijera. Al final, el *sujeto* aprendió, aprendió a decir él solito. Yo digo: “*negro no es blanco*”, por ejemplo. Yo digo: “*o es verdadero o es falso...*” Pero la totalidad de lo que yo digo aquí es, ciertamente, verdadero, ya que, *o es verdadero o es falso*. Naturalmente, [esto] está en pañales {c’est bébé}, [así] como el Movimiento del 22 de marzo. No es verdad que “*o es verdadero o es falso*”, pero se sostiene. El *sujeto* ha aprendido a asumir {endosser} de un *yo digo* –algo en lo que se declaraba listo para responder en un debate en el que las reglas fueran fijadas con anterioridad–, y esto es lo que se llama la *lógica*. Cosa extraña es que, lo que se ha filtrado de esta vía de aislamiento de la articulación lógica, del desapego del *sujeto* de todo lo que puede pasar entre él y el *Otro* –y Dios sabe que pueden pasar cosas, incluso, y hasta incluyendo, la plegaria–, resultó [ser] la ciencia, el *saber*... No cualquier *saber*, [sino] un *saber* puro que no tiene nada que ver con lo *real* ni, a su vez, con la *verdad*, ya que el *saber* de la ciencia es, con respecto a lo *real*, lo que llamamos en lógica el complemento de un lenguaje. Eso funciona a un costado de lo *real* pero, sobre lo *real*, *eso* muerde {ça mord}. Eso introduce la *burbuja*, es decir, después de todo, algo que, desde el punto de vista del conocimiento, no tiene más importancia que una broma {gag}, pero eso da, finalmente, la única cosa que encarna, después de todo, verdaderamente, las leyes de Newton, a saber, el primer Sputnik que es, seguramente, la mejor broma que hayamos visto, ya que hace que el mundo se joda {ça fout le monde en l’air} –la *Gag-arin*–;<sup>31</sup> ya que... ¿qué tiene que ver esto con el cosmos –en tanto que nosotros tenemos con él una relación–, que uno pueda comenzar a dar vueltas seis veces alrededor de la Tierra en veinticuatro horas de una manera que, seguramente, sobrepasaría el entendimiento de los que creían que el movimiento tenía algo que ver con el esfuerzo?

En fin, la *burbuja* ha hecho de las suyas desde entonces. Solamente queda, en cierta forma, un residuo. Es que, quien habla, como lo demuestra, no siempre es capaz de decir *yo digo*. De esto, somos testigos, nosotros, psicoanalistas... Nosotros, los psicoanalistas –que somos capaces de decirle lo que él dice–, somos capaces, en un pequeño número de casos... –especialmente si ponen una gran cantidad de buena voluntad, si vienen a hablarnos mucho– sucede que les interpretamos algo. ¿Y qué es interpretar algo? Nosotros nunca les interpretamos el mundo; nosotros les ofrecemos algo así como un pequeño trozo de algo que suena a alguna

<sup>29</sup> En el original: ...vous je (ce je qui est vous), je dis: c’est ça.

<sup>30</sup> Lacan subraya, en la estenografía, la palabra *ça*. Recordaremos, pues, a este respecto, que *ça* es la forma en que los psicoanalistas francófonos designan al *ello*.

<sup>31</sup> Evidentemente, Lacan juega con el nexo entre el prefijo *gag* (broma) y *arin*, en referencia a Yuri Gagarin, el primer ser humano en orbitar la Tierra.



cosa que debería de haber tenido su lugar, sin que lo supieran, en su discurso. ¿De dónde es que nosotros, analistas, obtenemos esto?

Hay algo sobre lo que me hubiera gustado, este año, hacerles meditar: son las palabras congeladas de Rabelais. En verdad, como muchas cosas, ya fue escrito hace largo tiempo, pero nadie lo ha notado.

Puse mucho el acento sobre un cierto Señor Valdemar descrito por Poe.<sup>32</sup> Hice un uso, si se puede decir así, satírico. Hablé, a propósito de esto, de algo que no era otra cosa que lo que yo denunciaba aquí, una vez más, a saber, esta supervivencia cuasi hipnotizante del discurso freudiano y de las sociedades muertas que parecen mantenerlo hablante. Es un mito que va más lejos. Lo que desencadena la interpretación no siempre es tan claro en cuanto a lo que se trata: si son realidades de vida o de muerte.

Aquello a lo cual hubieran sido llevados este año —si yo hubiera podido hablar del *acto psicoanalítico* hasta su término—, habría sido para decirles que no es por nada que yo les haya hablado del deseo del psicoanalista, ya que es imposible obtener algo más que el *fantasma* del psicoanalista... y eso es lo que, ciertamente, puede dar un pequeño escalofrío, pero nosotros no estamos ni cerca de eso que en este tiempo que corre... —que es en el *fantasma* del psicoanalista— a saber, de eso que hay de más opaco, de más cerrado, de más autista en su palabra, que viene el choque con el que se descongela, en el analizante, la palabra, y de donde viene, con insistencia, a multiplicarse esta función de repetición a través de la cual podemos permitirle atrapar ese *saber* del cual él es el juguete.

Por lo tanto, se confirma que la *verdad* se hace *saber* por el *Otro*. Esto justifica que sea siempre, de esta manera, que ella salga. Lo que nosotros sabemos de más es que es en la relación con el *Otro* —que no tiene nada de místico ni de trascendental— que se produce, y el nudo —en el que yo dibujé la curva sobre el pizarrón bajo la forma de este pequeño bucle que está aquí, y donde, por poco, ustedes verán que aquella podría volver a cerrarse de manera que no aparezca más como un círculo, soldándose en su duplicidad de bucle—, eso es lo que nos da la experiencia, a saber, el *sujeto supuesto saber*, aquí donde él está verdaderamente —es decir, no nosotros, el analista—, pero, en efecto, lo que nosotros suponemos que él sabe —ese *sujeto*. Esto, en tanto que es inconsciente, se redobla, con lo que la práctica —esta práctica [que] está un poco al ras— le pone en paralelo, a saber, este *sujeto supuesta demanda*. ¿No he visto a alguien<sup>33</sup> que parecía muy orgulloso de interrogar a un miembro del Movimiento del 22 de marzo —no lo nombremos— para preguntarle qué es lo que nos demandan {demandez}<sup>34</sup> a nosotros, los analistas!?

Escribí, en alguna parte, que el analista era ese personaje privilegiado —seguramente cómico— que, a través de la oferta, hacía la demanda. Es muy evidente que, aquí, esto no funcionó, pero esto no prueba que no tengamos nada que ver con lo que pasa a ese nivel. Esto quiere decir que no nos demandan {demandent}<sup>35</sup> nada. ¿Y luego...!? Es justamente el error del analista creer que, donde tenemos que intervenir como analistas, es a nivel de la demanda —lo que no cesa de teorizarse—, mientras que, de lo que se trata es, muy precisamente, de este intervalo entre el *sujeto supuesto saber* y el *sujeto supuesta demanda*. Y esto lo conocemos, por lo tanto, desde hace mucho tiempo: *que el sujeto no sabe lo que demanda*. Es lo que permite que, luego, él, no pregunte {demande} lo que él sabe. Este intervalo, esta hiancia, esta banda de Möbius —para reconocerla ahí donde está, en ese pequeño nudo garabateado como lo pude colocar en la pizarra —en verdad no puse mucho cuidado—, es lo que llamamos ese resto, esta distancia, esta cosa a la que se reduce enteramente para nosotros el *Otro*, a saber, el *objeto a*. Este rol del *objeto a*, que es de falta y de distancia —y para nada de mediación—, es sobre esto que se plantea, que se impone esta *verdad* que es el descubrimiento, el descubrimiento tangible —y aquellos que lo hayan tocado, pueden no olvidarlo—: que no hay diálogo, que la relación del *sujeto* con el *Otro* es de un orden esencialmente disimétrico, que el diálogo es un engaño {duperie}.

<sup>32</sup> Cfr. Edgar Allan Poe, *La verdad sobre el caso del Señor Valdemar* (1845), El Cid Editor, Santa Fe, 2004. Lacan acude a esta misma analogía, más de diez años antes, con respecto a la formación del psicoanalista según los estatutos de la IPA. Cfr. Jacques Lacan, "Situación del psicoanálisis y formación del psicoanalista en 1956", en *Escritos I*, Siglo XXI, México, 1984, p. 467.

<sup>33</sup> Esta pregunta está formulada en un sentido irónico.

<sup>34</sup> *Demandez* también puede apuntar a una pregunta, no necesariamente a una *demanda*.

<sup>35</sup> Aquí, *demandent* también puede traducirse como *preguntan*: *No nos preguntan nada*.

Es a nivel del *sujeto*, en tanto que el *sujeto* ha sido purificado, que el origen de la ciencia ha sido instituido; que en el nivel del *Otro* no ha habido, jamás, nada más verdadero que la profecía. Es, por el contrario, a nivel del *Otro*, que la ciencia se totaliza; es decir que, en relación al *sujeto*, aquella se aliena completamente. Se trata de saber dónde puede, todavía a nivel del *sujeto*, residir algo que sea justamente del orden de la profecía.

## REFERENCIAS

- Claudel, Paul, “Le point de vue de Ponce Pilate”, en *Figures et paraboles*, Gallimard, París, 1965.
- Dostoievski, Fiódor, “El gran inquisidor”, en *Los hermanos Karamázov*, Colihue, Buenos Aires, 2006.
- Etcheverry, José Luis, “Desestimación, juicio y realidad” y “La desmentida”, en *Sobre la versión castellana, Obras Completas de Sigmund Freud*, Amorrortu, Buenos Aires, 1992.
- Frankl, Viktor, *Das Menschenbild der Seelenheilkunde. Drei Vorlesungen zur Kritik des dynamischen Psychologismus*, Hippokrates-Verlag, Stuttgart, 1959.
- \_\_\_\_\_, *La idea psicológica del hombre*, RIALP, Madrid, 1963.
- Green, André, “L’objet (a) de J. Lacan, sa logique, et la théorie freudienne (Convergences et interrogations)”, en *Cahiers pour l’analyse*, N° 3, Seuil, París, 1966.
- \_\_\_\_\_, “El objeto (a) de J. Lacan y la teoría freudiana”, en Green, André; Nassif, Jean & Reboul, Jean, *Objeto, castración y fantasía en el psicoanálisis*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1972.
- Lacan, Jacques, *El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*, El Seminario (1954-1955), Libro 2, Paidós, Buenos Aires, 1983.
- \_\_\_\_\_, “La cosa freudiana o sentido de retorno a Freud en psicoanálisis” (1956), en *Escritos 1*, Siglo XXI, México, 1984.
- \_\_\_\_\_, “Situación del psicoanálisis y formación del psicoanalista en 1956”, en *Escritos 1*, Siglo XXI, México, 1984.
- \_\_\_\_\_, “La ciencia y la verdad” (1965), en *Escritos 2*, Siglo XXI, México, 1984.
- \_\_\_\_\_, *El objeto del psicoanálisis*, El Seminario (1965-1966), Libro 13, Escuela Freudiana de la Argentina, Buenos Aires, s/f.
- Poe, Edgar Allan, *La verdad sobre el caso del Señor Valdemar* (1845), El Cid Editor, Santa Fe, 2004.